

## Aquello de los viejos

que se publicó en el apéndice del fascículo 36, impresionó mucho al público lector, no porque estuviera mejor o peor hecho, sino como observación de la realidad y la mayoría de los comunicantes se han quedado con gana, les supo a poco y algunos se proponen remachar el clavo ampliando las cuestiones y puntualizándolas.

No se trataba de exprimir el limón hasta la última gota ni de hacer un código para fundamentar una conducta, como dice Elisa Ramírez, se quería simplemente abrir un poco los ojos a los que por abandonarse a sí mismos, menguan sus facultades y empeoran su vida en los últimos días.

En tanto que no esté enfermo, es su propio abandono el que pierde al viejo haciéndolo cada vez más inservible.

Todas las comodidades que se procura el hombre con la idea de amornar su esfuerzo se concitan contra él, le achican, le inutilizan y al fin le hacen sucumbir en tiempo y en circunstancias que no corresponderían a su potencial biológico.

Es un error buscarse la comodidad, la mecedora anticipa la llegada de la caja mortuoria, que es lo mejor para el caso, pues de no llegar se queda convertido en trasto que hay que apartar al rincón y darle los picatostes que dice el refrán y que cita a este propósito Josefa Manzaneque, dominica que no ha dejado de serlo, aguda campesina y maestra de las que se escapan.

La jubilación precoz es un error en sí misma, pero lo es mucho más que el hombre se la conceda de su propio motivo ignorantemente, porque si ganó, porque si ahorró y tiene o deja de tener.

En cualquiera de nuestros pueblos se pueden encontrar ejemplos de personas trabajadoras que han mejorado su situación y que al llegar al nivel que ellos han considerado suficiente se han parado o dado marcha atrás. Inmediatamente se inician los padecimientos que unos llaman de ricos, de personas que se escuchan y otros de haber trabajado tanto, sin ver que mientras trabajaron nada les pasó y que fue el paro el que inició el crujir del carro y le empezó a desarmar.

Recuerdo una expresión memorable del General Primo de Rivera cuando le reprochaban que teniendo tantos años, un carácter derrochón y una enfermedad consuntiva, llevara una vida de lucha y agitación para el poco tiempo que podría vivir.

—El hombre debe vivir como si fuera eterno, contestó, sin acordarse del final.